

CLAUDIO GABRIEL HOFMAN Z"l

אהרון בן פיבל וגולדה ליבה ז"ל

Claudio nació en Buenos Aires el 2 de enero de 1962, 25 de Tevet de 5722. Hijo de Yolanda Olga Scharo (Yoly) y Pablo Hofman. Se anunció el 31 de diciembre pero vió la luz dos días después. Nació con bajo peso y por la forma como tenía la cabeza, los médicos creyeron que tenía hidrocefalia y pocas probabilidades de sobrevivir, pero Hashem tenía otro destino para él. Gracias a ÉL, solo fue un gran susto y a pesar de su bajo peso, luchó como un Capricornio, con sus cuernos y salió adelante. La Parasha de esa semana era Vaera, la Parasha en la que Hashem le ordena a Moshe ir a hablar con el Faraón para que deje salir a su pueblo y una de las excusas puestas por Moshe fue que él no podía ir por su “dificultad para hablar”.



Claudio vivió durante su niñez y juventud en el barrio de Once, en una familia de clase de media pero con todas las comodidades. Concurriendo a una escuela de enseñanza oficial, sin haber concurrido a una escuela judía. Su único paso por una escuela hebrea fue de apenas un par de meses en 1º grado, en donde por su dificultad de incorporar el idioma hebreo, un idioma que nunca antes había tenido la oportunidad

de aprender, comenzó a “tartamudear” y decidieron sacarlo.

Dentro de su alma, a pesar de su temor al hebreo, había algo que lo impulsaba a conectarse con su judaísmo. Después de hacer su Bar Mitzvah en La Sinagoga de la Congregación Israelita de la República Argentina, más conocida como el Shil de Libertad, donde tal vez, nuevamente por decisión de Hashem, la Parasha que leyó no fue la que le correspondía, fue Shlaj Leja, la que habla de los Merraglim que van a ver la tierra de Israel, donde solo dos de los doce que fueron vieron la tierra con el corazón. Algo dentro de él comenzó a vibrar y decidió seguir yendo al shil de Libertad a los grupos juveniles que había en esa época e interiorizarse por sus raíces. Comenzó a hacer ayuno para Iom Kipur, yendo varias veces caminando desde su casa en la calle Valentín Gómez y Jean Jaures hasta Libertad y Córdoba, comer matza en Pesaj, etc.



Siguiendo con su juventud y siendo muy seductor, tuvo muchas novias, pero su convicción era clara, nunca se casaría con una chica que no fuese judía.

Terminado su estudio secundario, tuvo la oportunidad de viajar a Israel, sin embargo, con la excusa de seguir sus estudios universitarios que nunca concretó o tal vez por su miedo a encontrarse con un mundo lleno de hebreo, no viajó. Al poco tiempo comenzó el servicio militar, alargándose su servicio por la Guerra por las Islas Malvinas. Sus padres,

Pablo y Yoli, estuvieron casi 90 días sin saber dónde estaba, si lo habían mandado o no a las islas, pero nuevamente Hashem mostró su mano y la guerra terminó y él no tuvo que ir a luchar.



Saliendo del ejército comenzó a trabajar y a perfeccionarse en la profesión de Corredor Inmobiliario, trabajo que le encantaba hacer. En lo personal, también esperaba encontrar ese amor de una chica judía con quien formar su familia. Después de varios desengaños un día sus ojos se cruzaron con los de la mujer que sería su gran amor y la madre de sus hijos, Viviana o su reina como él la llamaba.

A pesar de su miedo y resistencia al hebreo, juntos lucharon por darles a sus hijos educación judía. Claudio comenzó a pronunciar sus primeras palabras en hebreo, junto a sus hijos Alan y Dafna y a su mujer que lo ayudaba a interiorizarse cada vez más en su judaísmo.

En su casa siempre se festejaron los Jaguim como Pesaj, Rosh Hashana, Iom Kipur, Januka y acostumbraba a asistir a tefila para el Cabalat Shabat, después de ver encender las velas a Viviana. Sin embargo, y a pesar de su identificación con Israel, seguía siendo un Merragel que por miedo, no miraba a la tierra de Israel con el corazón y con ganas de conocerla.



Como esposo fue el mejor hombre del mundo, protector, comprensivo, cariñoso, amoroso, respetuoso luchó junto a su mujer cuando un diagnóstico mal dado no le daba muchas expectativas de vida a ella, corriendo de médico en médico, soportando noches de llanto y abrazándola prometiéndole que no iba a dejar que nada malo

le pase, pensando, para sí, que si las cosas no se daban bien, sacaría plata de donde fuera para que ella pudiera cumplir con su sueño y viajar a ver a su familia en Israel. Pero nuevamente Hashem puso su mano y todo fue solo un mal momento que duro varios meses y varios estudios médicos. Pero siempre estuvo firme junto a ella, no dejando que baje los brazos.

Fue un padre protector, cariñoso, presente a cada momento para con sus hijos, nunca dejó de participar en un evento, sea un partido de fútbol de su hijo o uno de jockey de su hija siendo el primer hincha de cada



uno de ellos, cada vez que había un acto o una reunión en el shule, dejaba todo de lado e iba. Con orgullo veía como sus hijos iban creciendo por fuera y por dentro en su judaísmo. Era el primero en pararse a aplaudir y a vivarlos cada vez que alguno de ellos era escolta o abanderado o simplemente actuaban en alguna fiesta, felicitándolos y apoyándolos a

seguir en el esfuerzo de crecer. Diciéndoles a cada rato cuanto los quería: “Te quiero con el corazón, hasta el cielo ida y vuelta”



A finales de los 90, y como muchas familias argentinas, quedo sin trabajo y tuvieron que inventar con su mujer algo para seguir alimentando a la familia y darles educación a sus hijos. Así fue como dejo su profesión para ponerse un locutorio o trabajar haciendo transportes de mercaderías. Con la ayuda de la familia y de la escuela Ioná donde iban sus hijos, consiguieron hacerle el Bar Mitzva que su hijo Alan soñaba. Desde que su hijo Alan comenzó a ponerse tefilin, Claudio también comenzó a ponérselos todos los días y a estudiar un poco más sobre la Tora. Después con el mismo esfuerzo hicieron el Bat Mitzva de su hija Dafna.

Claudio estuvo siempre comprometido con el crecimiento y desarrollo personal de su hijos, es por ello que cuando sus hijos , junto a otros jóvenes, un nuevo movimiento juvenil sionista, “Etz Jaim”, él otra vez apoyo cada paso de sus hijos, los vió hacerse Madrijim, pertenecer a la Hanaga y luego ser Mazkirim de la misma, y del Consejo Juvenil Sionista, participando en cada actividad que ellos hacían y ayudando cuando la ocasión se daba, especialmente para que puedan hacer



Shnat Hajshara y estar en Israel capacitándose durante un año. A la vuelta de Shnat Hajshara, Alan comenzó a concurrir al shil Brit Abraham de la calle Antezana, y Claudio



decidió acompañarlo y desde ese momento se convirtió en un mitpalel más de la Kehila.

Cuando Alan decidió hacer Alia, el mundo de Claudio parecía desmoronarse. Como siempre lo hizo, y a pesar de su dolor, lo apoyó, incluso sabiendo que también Dafna estaría un año en Israel al mismo tiempo que Alan hizo Alia. Claudio y Alan hicieron un pacto, Claudio se quedaría con los Tefilin de Alan y se los devolvería solamente en Israel. Y Claudio cumplió. Para el cumpleaños 50

de Viviana y gracias a la ayuda de Hashem, pudieron viajar a Israel, visitar a sus hijos, cumplir con la promesa a su hijo y conocer esa tierra a la que tanto quería y defendía y a la vez tenía miedo de conocer, y se enamoró de ella.





Empezó a aprender palabras en hebreo jugando con las nietas de su cuñado, a interiorizarse más en el cumplimiento de mitzvot, dejando de trabajar en shabat, yendo a tefila en Cabalat Shabat y Shajarit de Shabat, sumándose para hacer minian para que se pudiera hacer tefila, haciendo bikur jolim y haciendo tzedaka para la kehila, especialmente cuando pudo donar 40 Majzorim de Iom Kipur para su Shil y con

emoción los entregó pensando en los momentos en que casi no podía cubrir los gastos de comida de su casa.

Tuvo muchas oportunidades de hacer Alia, pero consideraba que no podía dejar a sus padres, que ellos no lo iban a soportar. Era un hijo muy presente, hablaba con Pablo y Yoli varias veces en el día, siempre estaba cuando lo necesitaban, y cuando no lo necesitaban también, retribuyéndoles toda la ayuda que siempre recibió de ellos.



Con orgullo volvió a viajar a Israel para ver a su hijo vestido de Jaial y oír todas las hermosas palabras que sus jefes hablaban de él y verlo recibir su título de Ciencia Políticas y Relaciones Internacionales en la Universidad Hebrea de Jerusalem. Su corazón estaba lleno de alegría y orgullo.

Cada vez que iba a Israel no se sacaba la kipa porque para él era un lugar sagrado, quiso ir a visitar la tumba de Iosef Ha Tzadik pero no consiguió que lo pudieran llevar. Él lo admiraba porque no entendía como alguien podía ser tan grande que había tenido la capacidad de perdonar a sus hermanos después de todo lo que le hicieron.

Luego volvió a Israel a cumplir un sueño, llevar a su hijo junto a su amada Viviana a la Jupa, un momento lleno de emoción y alegrías, no se le borró la sonrisa de la boca en todo el mes que estuvo. Disfruto cada momento.



Ese mismo fin de año su hija Dafna se recibió de Diseñadora de Indumentaria y otra vez su sonrisa no se borraba de la cara, su orgullo era inmenso, su nena también se recibía. Algo que ni él, ni su mujer pudieron lograr. Pero sus hijos con su propio esfuerzo y el apoyo incondicional de Claudio y Viviana lo habían conseguido. Solo quedaba esperar que Dafna se case, le dieran el título y esperar esos nietos que ansiaba tener con todo el corazón y después con tranquilidad pensar en la Alia.



Pero un frío día de julio, justo un año después de que pisará Israel por última vez, en medio del kidush de Shabat, del día más triste del calendario hebreo, Tisha Ve Ab, Hashem no puso la mano para salvarlo, tal vez la puso para llevárselo con él y lo dejó sin poder ver a su hija recibir su título como abanderada de la facultad de Arquitectura, Diseño y

Urbanismo, sin poder llevarla a la Jupa, sin poder disfrutar de un nieto...

Claudio fue llevado a Israel como él siempre decía, igual que a Iosef Ha Tzadik. Dejó en su familia un vacío imposible de llenar, todos quedamos partidos al medio, él era “el corazón de nuestra familia”, una parte de nosotros murió ese 21 de julio de 2018. Pero nos quedan sus recuerdos, su sonrisa, su amor incondicional, el orgullo por sus hijos, su ejemplo de padre abnegado, esposo amoroso, hijo respetuoso y hermano cariñoso y la tranquilidad de saber que ya dejó de ser un Merragel, porque pudo llegar y se fue amando la tierra de Israel, defendiéndola con uñas y dientes, convencido de su judaísmo, y convencido que la Torá era el camino a seguir.



Nosotros, tu familia vamos a enseñarles a tus nietos quien eras, cuanto los amabas y esperabas y van a amarte a través nuestro, como si te hubieran conocido.

Nunca vamos a olvidarte ni vamos a dejar que nadie te olvide.

“Te amamos con el corazón, hasta el cielo ida y vuelta”

יהי זכרו ברוך